

cho mas excelentes que toda la poesia de Homero. Cuando quiere este pintar la vejez, dice:

“Néstor, este orador de los pyllos, cuya boca era un torrente de elocuencia y sus palabras mas dulces que la miel, se levantó en medio de la asamblea. Ya habia encanecido con su flexible elocuencia á dos generaciones de hombres, entre quienes habia vivido en la grande.”
 “Pyllos, y reinaba ahora sobre la tercera.”
 Esta frase es tanto de la mas bella antigüedad quanto de la melodia mas dulce. El segundo verso imita la dulzura de la miel y la sabrosa elocuencia de un anciano.

Habiendo preguntado Faron á Jacob su edad, responde el patriarca:

“Los dias de mi peregrinacion son ciento y treinta años, cortos y malos, y no han llegado á los dias de mis padres.”

Ved aquí dos géneros de antigüedades bien diferentes. La una consiste en imágenes, la otra en sentimientos; la una despierta ideas risueñas, la otra pensamientos melancólicos; la una, representando al jefe de un pueblo, no muestra al anciano mas que con relacion á una posision de la vida; la otra le considera individualmente y todo entero: en general Homero hace reflexionar mas sobre los hombes, y la Biblia sobre el hombre.

Muchas veces ha hablado Homero de los regocijos de dos esposos, ¿pero lo ha hecho de esta manera?

“Isaac hizo entrar á Rebecca en la tienda de Sara, su madre, y tomóla por mujer; y la amó en tanto grado, que se templó el dolor, que le habia causado la muerte de su madre.”

Concluiremos finalmente este paralelo y nuestra poetica cristiana con un ensayo que hará comprender en un instante la diferencia esencial que existe entre el estilo de la Biblia y el de Homero; tomaremos un trozo de la primera para vestirla con los colores del segundo. Ruth habia así á Noemí:

“No os opongan á mi obligandome á dejáros y á marcharme: por donde quiera que vayais os acompañaré. Yo moriré cuando falléis: ¿vuestro Dios será mi Dios y vuestro pueblo mi pueblo?”

1. Il. lib. I, v. 247-52.

2. Génes. c. 47, v. 9.

3. Génes. c. 23, v. 67.

4. Ruth, cap. I, v. 6.

Traduzcamos el mismo versículo en lenguaje homérico.

“La bella Ruth respondió á la sabia Noemí, honrada de los pueblos como diosa: Dejád de oponeros á lo que una divinidad me inspira y os diré la verdad tal como la sé, sin disfrazar. Estoy resuelta á seguirlos. Permaneceré con vos, bien os quedéis con los moñitas, hábiles en arrojar el dardo, ó bien os volváis al país de Judá, tan fértil en olivos. Podré con vos la hospitalidad á los pueblos que respetan á los suplicantes. Nuestras cenizas serán mezcladas en una misma urna, y haré sacrificios agradables al Dios que siempre os acompaña.”

“Dijo: y así como cuando el violento cefiro trae una lluvia tibia de la parte del Mediodía, preparan los labradores el trigo y la cebada, y hacen costos de juncos estrechamente entrelazados, porque prevén que esta agua va á blanquear los terrenos de la tierra y á disponer para recibirla los dones preciosos de Ceres; así entremecieron como una femida lluvia todo el corazón de Noemí las palabras de Ruth.”

A fuerza del empuje que hemos puesto en imitar á Homero, se halla tal vez aquí una sombra del estilo de su inmortal ingenio. Pero anulado de esta manera el versículo de Ruth, no ha perdido aquel encanto original que tiene la Escritura: ¿Qué poesia puede jamás equivaler á solo este rodeo de oracion: “Populus tuus populus meus, Deus tuus Deus meus?” Sin embargo, sería fácil tomar un pasaje de Homero, borrar los colores y dejar el fondo únicamente como está en la Biblia.

Por lo dicho esperamos haber hecho conocer á los lectores (y lo menos en lo poco que alcanzan nuestras luces) algunas de las bellezas de la Biblia. ¡Dichoso yo si he tenido la felicidad de hacerles admirar esta grande y sublime piedra que sostiene la Iglesia de Jesucristo!

“En la Escritura, dice San Gregorio el grande, encuentra misterios capaces de dar que hacer á los mas instruidos, tambien se hallan en ella verdades sencillas, propias para alimentar á los humildes y nuevos sabios tiene en el exterior con que dar de manjar á los niños, y en sus mas íntimos arcanos con que llenar de admiracion á los espíritus mas sublimes. Es semejante á un rio cuyas aguas están en ciertos sitios tan bajas, que las puede vadear un niño, y tan profundas en otros, que puede nadar un elefante.”

TERCERA PARTE.

BELLAS ARTES Y LITERATURA.

LIBRO PRIMERO.

BELLAS ARTES.

CAPITULO PRIMERO.

MUSICA: DE LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA MUSICA.

Las bellas artes, que son hermanas de la poesia, van á ser el objeto de nuestros estudios: siguiendo los pasos de la religion cristiana, ellas la reconocieron por su madre luego que se presentó en el mundo. La ofrecieron sus humanos encantos, á que la correspondió con su divinidad: la música puso en nota sus cantos, la pintura la representó en sus dolorosos trances, la escultura se complació en representarla sobre los sepulcros, y la arquitectura la edificó templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.

Platon definió maravillosamente la verdadera naturaleza de la música: “No se deba, dice, formar juicio de la música por el placer, ni buscar la que no tuviese otro objeto que el placer mismo, sino la que encierra en sí la semejanza de lo hermoso.”

En efecto, la música considerada como arte es una imitación de la naturaleza, cuya perfeccion consiste en representar, en cuanto sea posible, *lo mas bello naturaleza*. El placer es una cosa sujeta á opinion, que tiene sus variaciones según los tiempos, costumbres y pueblos, y por consiguiente no puede tener el carácter de *hermoso*, por cuanto éste es único y existe sin dependencia alguna. De aquí nace que toda institucion que sirve á purificar el alma, á desviar la turba-

cion y las disonancias y á inspirar en ella la *virtud*, es por esta misma cualidad propicia á la música mas *bello*, ó á la mas perfecta imitación de *lo hermoso*. Pero si esta institución es además de esto de naturaleza religiosa, posee entonces todas las condiciones esenciales á la armonía, á saber, lo *hermoso* y lo *misterioso*. El canto nos eleva á la contemplacion de los cielos, y el manantial de los conciertos reside en el cielo.

La religion es la que en medio de la noche hace llorar á la vestal bajo sus tranquilas bóvedas; la religion es la que canta con tanta dulzura á la cabecera de la cama del desgraciado. Jeremias la debió sus lamentaciones y David sus penitencias sublimes. Como mas fiera en la antigua alianza, no pinta mas que dolores de monarcas y profetas; pero mas modesta, y no menos majestuosa en la ley nueva, sus suspiros convienen á los poderosos que igualmente á los débiles, porque halló en Jesucristo unida la humildad á la grandeza.

A esto se añade que la religion cristiana es esencialmente armoniosa, por sola la razon de *compañerismo en la soledad*. No es esto decir que sea armonía del mundo, antes por el contrario, se manifiesta en el muy sublime; pero esta celestial Filomena prefiere el desierto. No es muy común

en las casas de los hombres, porque estima mas los bosques, que son los palacios de su padre y su antigua patria. Allí es donde levanta la voz hacia el firmamento, en medio de los conciertos de la naturaleza: esta publica sin interrupción las alabanzas del Criador, y no hay cosa mas religiosa que los cánticos que entonan, con los vientos, las cencinas y las cañas del desierto.

De este modo el músico que pretende seguir la religión en todos sus aspectos, se ve precisado á aprender la imitación de las armonías de la soledad: es necesario que conozca los sonidos que forman las aguas y los árboles: debe también haber oído el ruido que hacen los vientos en los claustros, y aquellos sordos murmullos que reinan en los templos góticos, en la yerba de los cementerios y en los subterráneos de los muertos.

El cristianismo es el que ha inventado el órgano y el que ha suministrado suspiros al mismo bronce; el que ha conservado la música en los siglos bárbaros; y donde él colosó su trono, allí se formó un pueblo que canta naturalmente como las aves. Cuando civilizó á los salvajes, lo hizo por medio de los cánticos: el iraquí, que no habia cedido á sus dogmas, cedió por fin á sus conciertos. ¡Oh religión de paz! no sois vos la que como las otras habeis dictado á los hombres los preceptos de odio y de discordia; vos solamente les habeis enseñado el amor y la armonía.

CAPITULO II.

DEL CANTO GREGORIANO.

Ann cuando no nos constara por la historia que el canto gregoriano es el resto de aquella música antigua que se cuentan tanto milagros, bastaria examinar su escala para conocer su alto origen. Antes de Guí-Armino no sabia mas que hasta la quinta, dando por tónica á *ut*: *ut*, *re*, *mi*, *fa*, *sol*. Estos cinco tonos son la escala natural de la voz, y dan una frase completa y agradable.

Mr. Burette nos ha conservado algunas composiciones griegas, las que comparadas con el canto llano manifiestan tener un mismo sistema. La mayor parte de los salmos son sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixi Dominus Domino meo*, el *Confiteor tibi*, y el *Laudate, pueri*. El *In exitu*, arreglado por Rameau, es de un carácter menos antiguo; tal vez será del tiempo del *Ut queant laxis*, es decir, del siglo de Carlo Magno.

El cristianismo es serio como el hombre, y hasta su misma risa tiene cierta gravedad. No hay cosa mas bella que los cuentos que nuestros reyes arrancan á la religión. Toda el oficio de difuntos es una obra perfecta; en él parece se oyen los sordos ecos del soplero. Es tradición antigua que el canto que *liberta á los difuntos*, según la expresión de uno de nuestros mejores poetas,

es el mismo que se empleaba en las pompas fúnebres de los atenienses, hacia los tiempos de Pericles.

En los oficios de Semana Santa es digna de atención la Pasión de Cristo, según San Mateo. La relación del historiador, los gritos del pueblo judaico y la nobleza de las respuestas de Jesús, forman un drama el mas patético.

Pergolezo desplegó en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte; pero ¿excedió acaso al sencillo canto de la Iglesia? Es cierto que ha variedad de música en cada estrofa, y por tanto el carácter esencial de la tristeza, que consiste en la repetición de un mismo sentimiento, ó por mejor decir, en la monotonía del dolor. Muchas razones pueden concurrir para hacer derramar lágrimas; pero estas tienen siempre igual amargura.

Por otra parte, es cosa muy rara llorar á un mismo tiempo por un conjunto de males, pues aun cuando se multipliquen las heridas, siempre hay una que, por ser mas penetrante, absorbe en sí las otras mas pequeñas. Tal es la razón del emboloso que causaban nuestros antiguos romances franceses. Este canto igual, que se halla en cada coplilla con variedad de palabras, imita perfectamente á la naturaleza: el hombre que padece, conduce sus pensamientos por diferentes objetos, mientras que el fondo de sus dolores queda siempre fijo en el mismo punto.

A Pergolezo se le ocultó esta verdad que conduce á la teoría de las pasiones, cuando quiso que ningún suspiro del alma se pareciese al que le habia precedido. Donde hay variedad hay también distracción, y en donde hay distracción no hay tristeza; tan necesaria es la unidad al sentimiento y tan débil es el hombre aun en la misma parte donde reside su fuerza, quiero decir, en el dolor.

La lección de las lamentaciones de Jeremias trae consigo un carácter particular: puede que hayan sido rotocedados por los modernos; pero su fondo no parece hebreo, porque no se semeja al gusto que tenían los griegos en sus lamentaciones. El Pentateuco se cantaba en Jersusalem, como las poesías bucólicas, de un modo copioso y dulce: las profecías se expresaban en un tono tónico y patético, y los salmos conservaban un modo extático que con particularidad les estaba consagrado.

Aquí venimos á parar en aquellos grandes recuerdos que por todas partes nos presenta el culto católico. Moisés y Homero, el Libano y el Citeron, Solima y Roma, Babilonia y Atenas, han dejado sus despojos á nuestros altares.

Finalmente, un santo entusiasmo fué el que inspiró el *Te Deum*. Cuando un ejército francés acampado en las llanuras de Lens, ó Fontenoy, en medio de los rayos y de la sangre caliente, al son de clarines y trompetas y cercado de

Bonnet, *Historia de la música y sus efectos*.

fuegos marciales doblaba la rodilla y entonaba el himno al Dios de las batallas, ó por mejor decir, cuando en medio de lámparas, mazas de oro, banderas, perfumes, del toque del órgano, repique de campanas, sonido de serpentones y bajos, hacia resonar este majestuoso himno las vidrieras y los techos, entonamos, digo, no habia hombre que no se sintiese trasportado ni dejase de sentir algun movimiento de aquel delirio que hacia brillar á Píndaro en los bosques de Olimpia y á David en el torrente de Cedron.

Por lo demás, no hablando sino de los cantos griegos de la Iglesia, se echa de ver que no empleamos todos nuestros medios, respecto de que pudiéramos tomar los Ambrosios, los Dámasos, Leonés y Gregorios, que se ocupaban en restablecer el arte de la música; igualmente podríamos citar los autores de todas las obras maestras de la música moderna, compuestas para las festividades cristianas, y aun á los Vinci, Leos, Hassés, Galuppi, Durantes, etc., educados, formados ó protegidos en los oratorios de Venecia, Nápoles, Roma y en la corte de los soberanos pontífices.

CAPITULO III.

PARTE HISTÓRICA DE LA PINTURA ENTRE LOS MODERNOS.

La Grecia nos cuenta que una jóven, divisan-do sobre una pared la sombra de su amante, dibujó sus contornos. De este modo una pasión inconstante produjo entre los antiguos el arte de las mas perfectas ilusiones.

La escuela cristiana ha buscado otro maestro: lo reconoce en aquel grande Artista que endureciendo un poco de barro entre sus manos poderosas, dijo estas palabras: *Hogamos al hombre á nuestra imagen*. Por lo que á mi toca, creo que el primer rasgo del diseño existió en la idea eterna de Dios, y la primer estatu que vió el mundo, fué esta hermosa grada animada con el soplo del Criador.

Hay una fuerza de error que obliga al silencio, así como hay otra fuerza de verdad que tambien obliga á él: una y otra puestas en el último grado, convienen, la primera negativa y la segunda afirmativamente. Así es que cuando se oye decir que el cristianismo es el enemigo de las artes; enmudece uno de espanto, porque en el mismo instante podemos dejar de acordarnos de Miguel Angel, Rafael, Carracho, el Dominicano, Lesueur, Poussin, Coustou y otros muchos artistas, para cuyos nombres se necesitaban voluminosos diccionarios.

Como á la mitad del cuarto siglo, hallándose el imperio romano acometido de los bárbaros y dividido por la herejía, experimentó su ruina por todas partes. Las artes no hallaron asilo sino

entre los cristianos y emperadores ortodoxos. Teodosio, por una ley particular de *excusatioe artificiana*, exoneró á los pintores y á sus familias de todo tributo y alojamiento de soldados. Los padres de la Iglesia colman de elogios á la pintura. San Gregorio se expresa de su modo digno de atención: *Vidi sapiens inscriptionem imaginem, et sine laegris transire non potui, cum tam effociter ob oculos poneret historiam*; esta era una pintura que representaba el sacrificio de Abraham. San Basilio pasa aun mas adelante, pues asegura que los pintores hacen tanto con sus pinturas como los oradores con su elocuencia. Un monge llamado Metodio pintó en el octavo siglo el *juicio universal*, con lo que convirtió á Bogorio, rey de los bulgaros. Los sacerdotes habian juntado en el colegio de la ortodoxia, en Constantinopla, la mas hermosa biblioteca del mundo y las obras maestras de la antigüedad: estaba en ella con especialidad la Venus de Praxiteles; lo que prueba, cuando menos, que los propagadores del culto católico no eran unos bárbaros sin gusto, ni unos monges hipócritas, entregados á una absurda superstición.

Este colegio fué arruinado por los emperadores iconoclastas. Los profesores fueron quemados vivos, y solo con evidente peligro de la vida pudieron algunos cristianos libertar el pellejo de dragón, de ciento y veinte piés de largo, donde estaban escritas con letras de oro las obras de Homero. Se entregaron á las llamas los cuadros de las iglesias, y los estipidos y furiosos herejes, muy parecidos á los puritanos de Cromwell, rompieron á sablazos los admirables mosaicos de Nuestra Señora de Constantinopla y del palacio de las *Blaquernas*. Llegaron á tal punto las persecuciones, que se extendieron hasta los mismos pintores; se les prohibió, bajo pena capital, que continuasen sus estudios. El monge Lázaro tuvo valor para quemar las manos para impedirle el manejo del pincel. Este religioso, escondido en el subterráneo de la iglesia de San Juan Bautista, pintó con sus dedos cortados, al gran sauto á quien dirigía sus oraciones; digno así dnda de que se le titulara patron de los pintores, y de ser reconocido de esta familia sublime, a quien el soplo del espíritu remonta sobre los hombres.

Bajo el imperio de los Godos y Lombardos continuó el cristianismo en alargar su caritativa mano en favor de los talentos. Estos esfuerzos se manifiestan mas particularmente en las iglesias erigidas por Teodorico, Luitprando, y Didier.

1. 2. Conc. Nic. act. 40.

2. San Basilio, hom. 29.

3. Caropul. Cedren. Zonar. Maimb. *Historia de los Iconoc.*

4. Cedren. Zonar. Constan. y Maimb. *Hist. de los Iconoc.* etc.

5. Maimb. *Hist. de los Iconoc.* Cedren. Caropul.

El mismo espíritu de religión tuvo Carlo Magno, y la iglesia intitulada de los *Apóstoles*, que de órden de este grande príncipe se edificó en Florencia, pasa aun el día de hoy por un hermoso monumento.¹

Finalmente, hácia al siglo trece la religión cristiana, después de haber luchado contra mil obstáculos, volvió á traer en triunfo el coro de las masas sobre la tierra. Todo cuanto se ejecutó se hizo para las iglesias por la protección de los pontífices y príncipes religiosos. Bouchet, de origen griego, fué el primer arquitecto, Nicolas el primer escultor y Cinabou el primer pintor, que sacaron el gusto antiguo de entre las ruinas de Roma y de la Grecia. Después de aquellos tiempos, manejadas las artes por diversas manos y genios, llegaron hasta el grande siglo de Leon X, en que resplandecieron como soles Rafael y Miguel Angel.

Es ajeno de nuestro principal asunto formar la historia técnica del arte. Lo único que debemos mostrar, es que el cristianismo favorece mas á la pintura que ninguna otra religión. Es pues muy fácil probar tres cosas: primera, que la religión cristiana, siendo por su naturaleza espiritual y mística, presenta al pintor ideas mas perfectas y divinas que las que puede ofrecer un culto material; segunda, que corrigiendo la fealdad de las costumbres ó combatiéndolas con vigor, da un aire mas sublime á la figura humana y hace sentirse mejor el alma en los músculos y lazos de la materia; tercera, en fin, que ha provisto á las artes de materiales mas hermosos, mas ricos, mas dramáticos y mas interesantes que los mitológicos.

Las dos primeras proposiciones quedan suficientemente demostradas en nuestro examen de la poesía; solo nos resta la tercera, que será el asunto del siguiente.

CAPITULO IV.

DE LOS OBJETOS DE LAS PINTURAS.

Verdades fundamentales.

1^o Los materiales antiguos quedaron en poder de los pintores modernos; por esta razon, al mismo tiempo que las escenas mitológicas, tienen tambien las cristianas.

2^o Uns de las pruebas de que el cristianismo infunde en el talento con mas vigor que la fábula, es que, generalmente hablando, nuestros grandes maestros tuvieron mas tino en los asuntos sagrados que en los profanos.

3^o Los trajes modernos son pocos análogos á las artes de imitación; pero el culto católico ha presentado á la pintura trajes mas bellos que los de la antigüedad.²

1 Vasari, poem. del. vit.

2 El modo de vestir de los padres y primeros cristian-

Pausanias, Plinio³ y Plutarco³ nos han conservado la descripción de las pinturas de la escuela griega.⁴ Zeuxis habia tomado por asunto de sus tres principales obras á Penélope, á Elena y al Amor. Polignoto habia figurado sobre las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya y la huida de Ulises á los infernos. Eufnor pintó los doce dioses, á Tesco dando leyes, y asimismo las batallas de Cadmea, de Lenetras y de Mantinea; Apelles representó á Venus Anadiómenes con las facciones de Campaspe; Atón pintó las bodas de Alejandro con Roxana, y Timantes el sacrificio de Ifigenia.

Cotejando estos asuntos con los asuntos cristianos, y conociereis bien pronto la inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es tan expresivo y de un gusto mas sencillo que el de Ifigenia: no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumulto, ni todo aquel movimiento que solo sirve para distraer de la escena. Solamente se ven allí la solitaria cumbre de una montaña, un patriarca que cuenta sus años por un siglo, un niño, chillo levantado sobre la cabeza de un hijo ómigo, y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal. Las historias del Antiguo Testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros, y bien se sabe cuán favorables son al pincel las costumbres patriarcales, los trajes del Oriente y la grande naturalza de los animales y soledades del Asia.

El Nuevo Testamento muda el genio de la pintura, prestándola mas ternura sin quitarla nada de su sublimidad. ¡Quién será el que no haya admirado muchas veces los *nacimientos*, las *virgenes*, el *niño*, las *huidas al desierto*, las *oraciones de espinas*, los *sacramentos*, las *misiones de los apóstoles* y las *mujeres junto al sepulcro*!

Las fiestas bacanales, las de Venus, los raptos y las metamorfosis pueden acaso comover tanto el corazón como los cuadros sacados de la Escritura? El cristianismo nos muestra por todas partes la virtud y la degradación, y el politeísmo es un culto de crímenes y prosperidad. Nuestra religión para nosotros es nuestra historia; para nosotros se han presentado al mundo tantos espectáculos trágicos; hacemos papel en las escenas que nos ha dejado el pincel, y los conciertos

nos (que pasó á nuestros religiosos), no es mas que el retrato de los antiguos filósofos griegos, llamado *pallium*. Este fué tambien un motivo de persecucion contra los fieles: cuando los romanos ó los judíos les veían así vestidos, les gritaban diciendo: *Impostor griego!* (*Hier. ep. lib. ad Furiam*.) Se puede ver sobre esto á Kertholtz, de *Morb. Christ.* cap. 3, p. 23; y á Bar. an. 56, núm. 11. Tertuliano escribió un libro entero (*de Pallio*) sobre este asunto.

1 Pausan. lib. V.

2 Plinio, lib. XXXV, cap. 8 y 9.

3 Pint. in Hipp. Pomp. Lucul. etc.

4 Véase la nota 22 al fin de la obra.

mas morales y mas animados se reproducen en los asuntos cristianos. ¡Glorificada seas para siempre, oh religión de Jesucristo! que habeis representado en el Louvre al *Rey de los reyes crucificado*, y el *puñal final* en el techo de la sala de nuestros jueces, una *resurreccion* en el hospital general, y el *nacimiento del Salvador* en la casa de los huérfanos desamparados de sus padres y madres!

Por lo demás, podemos muy bien decir aqui, acerca de los asuntos de las pinturas, lo que dejamos dicho en otra parte sobre el asunto de los poemas; esto es, que con el cristianismo nació en favor de la pintura una parte dramática muy superior á la mitología. Tambien debemos á la religión un Claudio Loreno, un Delle y un San Lambertio.⁵ Pero son inútiles por ahora tantos razonamientos; no hay mas que recorrer la galería del Louvre, y entonces podrán decirnos si el espíritu del cristianismo es poco favorable á las artes.

CAPITULO V.

ESCALTURA.

Lo que dejamos dicho acerca de la pintura, conviene igualmente con corta diferencia á la escultura, por lo que mira á la parte técnica del arte.

La estatua de Moisés, hecha por Miguel Angel en Roma; Adán y Eva por Baccio en Florencia; el grupo del voto de Luis XIII por Coctou en Paris; el san Dionisio del mismo; el sepulcro del cardenal Richelieu, obra de los ingenios de Lebrun y Girardon; el monumento de Colbert, diseñado por Lebrun y ejecutado después por Cozevoix y Tuby; el Cristo, la Madre de la compasion, los ocho apóstoles de Bouchardon y otras muchas estatuas piadosas, manifiestan que el cristianismo nos anima menos al mármol que al lienzo.

Sin embargo, seria muy conveniente que los escultores deserrasen en lo sucesivo de sus composiciones fúnebres aquellos esqueletos que suelen poner en el monumento, por no ser conformes al espíritu del cristianismo, que pinta hermosa la muerte del justo.

Conviene tambien evitar la representación de los cadáveres⁶ (sea cual fuere el mérito de su ejecución) y de la humanidad rendida á fuerza de largas enfermedades. Una guerrero jóven puede ser soberbio en el momento mismo de espirar en el campo del honor; pero un cuerpo estenuado con las enfermedades es una imagen que no admiten las artes, á no concurrir un milagro,

como sucede en la pintura de san Carlos Borromeo.⁷ Pónganse, pues, en el monumento de un cristiano, á un lado los llantos de la familia, y la tristeza de sus amigos, y del otro la sonrisa de la esperanza y las alegrías celestiales. Un sepulcro de esta especie en cuyos lados se viesen las escenas del tiempo y de la eternidad, pasaria seguramente por admirable. Está bien que se represente allí la muerte; pero bajo el aspecto de un ángel que á un mismo tiempo manifieste la dulzura y la severidad, porque el sepulcro del justo debe siempre hacer exclamar con san Pablo: *¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿qué has hecho de tu aguijón?*⁸

CAPITULO VI.

ARQUITECTURA: CASA DE LOS INVÁLIDOS.

Cuando se trata de la influencia que tiene el cristianismo, en las artes, no hay necesidad de recurrir á sutilezas ni á la elocuencia; bastan los monumentos para satisfacer á los que desprecian el culto evangélico. Con solo nombrar la basílica de San Pedro en Roma, la de Santa Sofía en Constantinopla y la de San Pablo en Londres, tenemos lo bastante para probar que estas tres obras maestras de la arquitectura moderna deben su perfección á la religión.

El cristianismo es el que ha restablecido las verdaderas proporciones, tanto en la arquitectura, como en las demás artes. Nuestros templos, no tan pequeños como los de Atenas ni tan grandes como los de Menfis, conservan un proporcionado medio en que reina la hermosura y el buen gusto por excelencia. Por lo que hace á la *ciudad*, desconocida de los antiguos, la religión hizo una mezcla de lo atrevido que se nota en el órden gótico y de lo sencillo y gracioso que se advierte en los griegos.

Esta cúpula, cambiada en *campanario* en la mayor parte de nuestras iglesias, comunica un carácter moral á nuestras aldeas y ciudades, que no podían tener las antiguas. La vista del viajante se fija desde luego en aquel chapitel voluminoso, cuyo aspecto renueva una multitud de memorias y sentimientos: él es la pirámide fúnebre á cuyo derredor duermen nuestros mayores; es el monumento de alegría en que el bronco sagrado anuncia la vida del fiel; allí es en donde los esposos se unen; allí es en donde los cristianos se prosternan al pié de los altares, el débil para implorar al Dios de la fuerza, el delincuente para implorar al Dios de las misericordias, y el inocente para cantar al Dios de bondad. Si un paisaje os

1 La pintura admite la representación de un cadáver con mas facilidad que la escultura; porque el mármol, ofreciendo fuerzas palpables y heladas, está demasiado cerca de la verdad.

2 I. Corint. cap. 15, v. 55.

1 Véase la nota 23 al fin de la obra.

2 Como en el manuscrito de Francisco I y de Ana de Bretaña.

3 Como en el sepulcro del duque de Harcourt.

pareciera triste, desnudo, solitario, colocado en el un campanario campestre y al instante todo lo veréis animado: por todas partes nacen las dulces ideas de *pacífico*, de *religión*, de *asilo* para el viajante, de *limosna* para el peregrino, de hospitalidad y de fraternidad cristiana.

Cuanta mas piedad reinaba en los tiempos en que se originan nuestros monumentos, tanta mas admiración causan estos por su grandeza y nobleza de carácter. Un bello ejemplo de esto se reconoce en la casa de los *Lucrados* y en la *Escuela militar*. La primera parece haber subido sus bóvedas hasta el cielo, á la voz del siglo de la religión, al paso que la segunda parece estar abatida hacia la tierra, á la palabra del siglo del ateísmo.

Tres cuerpos de casa, que forman con la iglesia un cuadrilongo, componen todo el edificio de los *Lucrados*, pero ¡qué gusto tan perfecto se advierte en esta sencillez qué belleza en aquel patio, que no es mas que un *deserto militar* donde el arte mezcló las ideas guerreras con las religiosas y hormó la imagen de un campo de inválidos con la tierra memoria de un hospicio! Este es á un mismo tiempo el monumento del *Dios de los ejércitos* y del *Dios del Evangelio*. El moño del tiempo que empieza á cubrirlo, le da una noble conformidad con aquellos soldados veteranos, ruinas animadas, que se pasean por bajo de sus viejos pórticos. En los muros se hallan figurados los combates: fosos, esplanadas, terraplenes, cañones, tiendas, centinelas, etc. Pero si entráis mas adentro, hallaréis que se va disminuyendo por grados el ruido, que finaliza en la iglesia donde reina un profundo silencio. Ha sido un gran pensamiento haber puesto el edificio religioso detrás de las habitaciones militares, como la imagen del descanso y de la esperanza después de una vida llena de turbaciones y peligros.

El siglo de Luis XIV es tal vez el único que conoció mejor estas admirables conveniencias y el que hizo siempre con exactitud en las artes lo que era conveniente hacer, sin excederse en los extremos. La riqueza del comercio erigió en Inglaterra el fastuoso colunaje del hospital de *Greenwich*; mas no obstante, se nota alguna cosa mas noble y grave en el todo de la casa de los *Lucrados*. De lo dicho se infiere que una nación que ha sabido edificar tales palacios para la vejez de sus ejércitos, habrá tambien recibido el poder de la espada del mismo modo que el cetro de las artes.

CAPITULO VII.

VERSALLES.

La pintura, la arquitectura, la poesía y la grande elocuencia han degenerado siempre en los siglos filosóficos: la razon es porque destruyendo

el espíritu razonador la imaginación, mina los cimientos de las bellas artes. Se piensa ser mas feliz cuando se saben corregir algunos errores de fasia (que se reemplazan por otros errores de la razon); y se retrograda en efecto, por cuanto se pierde una de las mas bellas facultades del entendimiento.

En Versalles es en donde se hallaban reunidas todas las pompas de la edad religiosa de la Francia. Apenas ha pasado un siglo, cuando vemos ya aquellos bosquejillos en que antes resonaba el ruido de las fiestas, animados solo por la voz de las cigarras y ruiseñores. Las escaleras de mármol de aquel palacio (tan grande el solo como una ciudad), que parece suben hasta las nubes, sus estatuas, sus estanques y sus bosques, se hallan al presente ó amenazando ruina, ó cubiertos de musgo, ó secos ó arruinados. Sin embargo, jamás pareció aquel sitio mas pomposo ni mas solitario. Anteriormente todo estaba vacío, porque la pobreza de la última corte (antes que su grandeza fuese la de la desgracia) parecia demasiado cómoda en los vastos retiros de Luis XIV.

Cuando el tiempo da un golpe mortal á los imperios, no queda á sus ruinas sino el grande nombre con que se cubren. Si la noble miseria del guerrero sucede hoy en Versalles á la magnificencia de los palacios; si los cuadros de milagros y martirios reemplazan en ellos las pinturas profanas, ¿de qué se debe ofender la sombra de Luis XIV? Habiendo sido este el que ilustró la religión, las artes y las armas, es muy conforme que las ruinas de su palacio sirvan de abrigo á las ruinas del ejército, de las artes y de la religión.

CAPITULO VIII.

DE LAS IGLESIAS GÓTICAS.

Cada cosa debe ocupar su lugar; y virtud trivial á fuerza de repetirse, pero sin la cual nada puede haber perfecto. Los griegos no hubieran podido apreciar mas un templo egipcio en Atenas, que los egipcios un templo griego en Menfis. Mudados de lugar aquellos dos monumentos, hubieran perdido su principal belleza, es decir, sus relaciones con las instituciones y costumbres de los pueblos. Esta reflexion la aplicamos á los antiguos monumentos del cristianismo. Es muy digno de notar que en este siglo inerdó los poetas y romancistas, por un retorno natural hacia las costumbres de nuestros abuelos, se complazcan en introducir en sus ficciones, subterráneos, fantasmas, castillos y templos góticos; tanto cuanto hay en los recuerdos que tienen relación con la religión y con la historia de la patria. Las naciones nuevas, cuando en olvido sus antiguas costumbres con la misma facilidad que se deja un vestido viejo. Se las puede muy

bien quitar algunos pedazos; pero siempre quedan algunas tiras que forman con los vestidos nuevos una horrible variedad de colores.

Por mas que se edifiquen templos griegos, llenos de elegancia y bien iluminados, para conyocer á ellos al pueblo de san Luis y de la reina Blanca, con el fin de hacerle adorar á un Dios *antifético*, se acordará siempre de los de *Nuestra Señora* de Reims y de Paris, y de aquellas basílicas, antiguas y enmohecidas, llenas de generaciones de difuntos y de los despojos de sus padres igualmente eclará de menos los sepulcros de algunos señores de Montmorency, sobre los cuales se mantenía de rodillas durante la misa, sin oír las pías bautismales á que fué conducido al tiempo de su nacimiento. Esto procede sin duda de que todo está esencialmente ligado á nuestras costumbres, y tambien de que no se hace venerable un monumento, sino en cuanto una larga historia de lo pasado está impresa bajo sus bóvedas reengridas por el trascurso de los siglos. He aqui la razon porque uno no nota cosa maravillosa en un templo que ha visto construír y cuyos ecos y bóvedas se han formado á presencia nuestra. Dios es la ley eterna; su origen y todo lo que está anexo á su culto, se debe perder en la noche de los tiempos.

No se podia entrar en una iglesia gótica sin experimentar una especie de temblor y un sentimiento vago de la Divinidad. La imaginacion se hallaba de repente empleada en considerar aquellos tiempos en que los cenobitas, después de haberse entregado á la meditacion en los bosques de sus monasterios, venian á postrarse delante del altar, y á cantar las alabanzas del Señor en la calma y en el silencio de la noche. La antigua Francia revivía á vuestra vista, y os parecia ver todo aquellos trajes singulares y todo aquel pueblo tan diferente de lo que es hoy; se recordaban tambien sus revoluciones, sus trabajos y sus artes. Cuanto mas distantes eran estos tiempos de los nuestros, tanto mas embalsadores nos parecian, y nos llenaban de aquellos pensamientos que acaban siempre por una reflexion sobre la nada del hombre y sobre la rapidez de la vida.

El órden gótico en medio de sus proporciones bárbaras, tiene sin embargo una belleza que le es peculiar.

Los bosques han sido los primeros templos de la Divinidad, y en ellos tomaron los hombres la primera idea de la arquitectura. Este arte ha variado sin duda segun los climas. Los griegos han tornado la elegante columna corintia con su cha-

1. Se juzga que lo heredamos de los árabes, del mismo modo que la escritura del propio estilo. Su afinidad con los monumentos egipcios nos induciria tal vez á creer que nos los ha transmitido los primeros cristianos del Oriente; pero nos parece mejor atribuir su origen á la naturaleza.

pital de hojas por el modelo de las palmas. Los enormes pilares al antiguo estilo egipcio representan el scíonoro, la figura oriental, el bananero y la mayor parte de los corpulentos árboles de Africa y Asia.

Las florestas de los gaulas se han pasado, digámoslo así, á los templos de nuestros padres, y nuestros bosques de encinas conservan aun al presente su sagrado origen. Las bóvedas cinceladas de hojas, las pías derechas que sostienen las paredes y terminan toscamente como unos troncos quebrados, la frescura de las bóvedas, las tinieblas del santuario, los lados oscuros, los trancitos secretos y las puertas bajas, todo esto representa los laberintos de los bosques en una iglesia gótica, hace experimentar el religioso horror, y sentir los misterios y la Divinidad.

Las torres altas puestas á la entrada del edificio, que sobrepasan á los olmos y tejos del cementerio, hacen un efecto maravilloso sobre el azul del cielo. A veces, al rayar el día, se ven iluminadas sus puntas gemelas; otras, parece que están cubiertas de un casquete de nubes ó mas abultadas en una atmósfera llena de vapores; hasta los mismos pájaros se nos figura que se encañan tendiéndolas por árboles de sus bosques; las negras cornejas revolotean al rededor de sus remates y se encaraman sobre sus galerias; pero unos rumores confusos que salen de las puntas de las torres, hacen huir de ellas á los asustados pájaros. El arquitecto cristiano, no contento con fabricar bosques, quiso tambien, para explicarnos así, imitar sus murmullos, y por medio del órgano y del bronce suspendido, agregó al templo gótico hasta el mismo ruido de los vientos y de los troncos que corre en lo profundo de los bosques. Convocados los siglos por estos ruidos religiosos, hacen salir sus antiguas voces del seno de las piedras y suspiran en todos los rincones de la grande basílica; el santuario brama como la cueva de la antigua Sibila; y mientras que el bronce se balancea con estruendo sobre vuestra cabeza, los subterráneos de la muerte guardan un profundo silencio debajo de vuestros pies.



1. Vitrúvio cuenta de otro modo la invencion de los capiteles: pero esta no se opone al principio general de que la arquitectura tuvo su origen en los bosques. Solamente se puede extrañar no se haya variado mas en la columna, habiendo tanta variedad de árboles. Nosotros concebimos, por ejemplo, una columna que se podría llamar *palmetta*, por representar naturalmente la palma. Un círculo de hojas algo encurvadas y esculpidas en lo alto de una asta ó caña de mármol, nos parece que produciria un famoso efecto en un pórtico.

LIBRO SEGUNDO.

FILOSOFÍA.

CAPÍTULO I.

ASTRONOMÍA Y MATEMÁTICAS.

Consideremos ahora los efectos del cristianismo en la literatura en general. Toda ella se encierra en estas tres clases principales: filosofía, historia y elocuencia.

Por filosofía entendemos aquí el estudio de toda especie de ciencias.

Se verá que cuando defendemos la religion no combatimos la *subiduría*: estamos muy distantes de confundir la arrogancia sofística con los serenos conocimientos del espíritu y del corazón. La verdadera filosofía es la inocencia de la vejez de los pueblos, cuando han cesado de ejercer las virtudes solo por instinto y las practican por razon: esta segunda inocencia es menos segura que la primera; pero cuando se llega á conseguir es mas sublime.

De cualquier lado que se mire el culto evangélico, se ve que engrandece el pensamiento y es propio para dilatar los sentimientos. En cuanto á las ciencias, jamás se oponen sus dogmas á ninguna verdad natural, ni prohibe su doctrina ningun estudio. Entre los antiguos, un filósofo siempre encontraba alguna divinidad en su camino; estaba condenado por los sacerdotes de Apolo ó de Júpiter á ser necio por toda su vida, bajo la pena de muerte ó de destierro. Pero como el Dios de los cristianos no está reducido á los estrechos límites de un sol, ha dejado todos los astros á las vanas investigaciones de los sabios: *quis delatavit eos in mundo para asunto de sus disputas*.¹ El físico puede pesar el aire con su tubo sin miedo de ofender á Jano. No será de los elementos de su cuerpo, sino de las virtudes de su alma, de lo que el soberano Juez le pida cuenta algun dia.

No hacemos cargo que no se dejarán de citar algunas bulas de la silla apostólica ó decretos de la Sorbona que condenan tal ó tal descubrimiento filosófico; pero cuántos decretos de la corte romana se podían citar tambien en favor de los mismos descubrimientos? Qué quiere decir esto, sino que los sacerdotes, que son hombres como los demás, han sido mas ó menos ilustrados segun el curso natural de los siglos? Basta que el cristianismo no proceda contra las ciencias para que podamos sostener nuestra primera asercion.

Por lo demás, tengamos presente que la Igle-

1 Ecles. III, v. 11.

sia ha protegido en todos tiempos las artes, aunque haya deseñado algunas veces los estudios abstractos: en esto acreditó su acostumbrada sabiduría. Los hombres, por mas que se atormenten, jamás llegarán á comprender cosa alguna en la naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar: *Allega hasta allí, no pases mas allá y rompe aquí tu soberbia de tus olas*.² Se sucederán eternamente unos sistemas á otros, pero la verdad quedará siempre desconocida. *Oh si llegase un dia feliz, dice Montaigne, en que se dignase la naturaleza abrirnos su seno! Oh Dios! cuántos abusos y errores hallaríamos en nuestra pobre sabiduría!*

Los legisladores antiguos, de acuerdo sobre este y otros muchos puntos con los principios de la religion cristiana, se oponian á los filósofos³ al mismo tiempo que colmaban de honores á los artistas.⁴ Todas las pretendidas persecuciones del cristianismo contra las ciencias deben pues imputarse tambien á los antiguos en quienes reconocemos tanta sabiduría. En el año de quinientos noventa y uno de la creación de Roma, publicó un decreto el senado desterrando de la ciudad á los filósofos, y seis años después se dió príncipe Catón á echar de ella á Carnades, embajador de los atenienses, por el recelo, decia, de que la juventud tomase gusto á las sutilezas de los griegos y perdiese con ellas la sencillez de las antiguas costumbres. Si el sistema de Copérnico fué desonrado de la corte romana, ¿no tuvo igual suerte entre los griegos? *Aristarco, dice Plutarco, era de opinion que los griegos debían poner en juicio á Cleante de Samos y condenarle por blasfemo contra los dioses, como removedor del centro del mundo; tanto mas que este hombre, queriendo salvar las apariencias, suponía que el cielo estaba quieto y que solo era la tierra la que se movía por el círculo obliquo del zodiaco, dando vuelta al rededor de su eje.*⁵

Es cierto que la Roma moderna se mostró mas sabia por cuanto el mismo tribunal eclesiástico que habia condenado el sistema copernicano, permitió seis años después se enseñase como hipotesis.⁶ Por otra parte, se podían prometer de un sacerdote romano mayores conocimientos as-

1 Job, XXXVII. 11.

2 Ensayos, lib. II, cap. 12.

3 Jenofonta, Hist. grieg. Plat. Mor. Plat. in Phaed. in Republ.

4 Los griegos llevaron su odio tan adelante contra los filósofos, que los tuvieron por delincuentes, á quienes morir á Sócrates.

5 Plat. De la fax que aparece en el círculo de la luna, cap. 9. Se sabe que hay error en el texto de Plutarco, y que por el contrario, era Aristarco de Samos el sujeto á quien Cleante queria perseguir á causa de su opinion sobre el movimiento de la tierra; mas esto nada obsta para lo que intentamos probar.

6 Véase la nota 24 al fin de la obra.

trónomicos que de Tichobrae, que continuaba negando el movimiento de la tierra? En fin, un papa Gregorio, reformador del calendario; un monje Bacon, inventor tal vez del telescopio; un cardenal Cuza, un sacerdote Gassendi, ¿no han sido ó los protectores ó las antorchas de la astronomía?

Platon, aquel genio tan apasionado á las ciencias elevadas, dice formalmente en una de sus mas bellas obras, que los altos estudios no son útiles á todos, sino á un corto número; y añade la reflexion siguiente, tristemente confirmada por la experiencia: *“que una ignorancia absoluta no es el mal mas grande ni el mas temible, pero que un cúmulo de conocimientos mal digeridos es mucho peor.”*

Por tanto, si la religion tuviera necesidad de justificarse sobre este punto, no nos faltarían autoridades entre los antiguos, ni tampoco entre los modernos. Hobbes escribió muchos tratados¹ contra la incertidumbre de la ciencia mas cierta de los modernos. Es decir, contra las matemáticas. En el tratado que tiene por título: *Contra geometras, sive contra phisicum professorum*, vuelve á tomar una por una las definiciones de Euclides, manifestando lo que tiene de falso, vago ó arbitrario. Su modo de producirse es digno de atencion: *Haque per hanc epistolam hoc ago ut ostendam tibi non minorem esse dubitandi causam in scriptis mathematicorum, quam in scriptis physicorum, ethicorum, etc.*² *“Yo te haré ver en este tratado que no hay menos motivo de duda en las matemáticas que en la física y en la moral, etc.”*

Bacon se ha explicado de un modo mas enérgico contra las ciencias, aun cuando parecia tomaba la defensa de ellas. Segun la opinion de este grande hombre, es indudable que una ligertura de filosofía puede conducir al hombre á desconocer la esencia primera, pero que ma sabiduría mas copiosa le dirige á Dios.³

Qué terrible es esta idea si es verdadera! porque para un ingenio capaz de llegar á la plenitud de sabiduría que pide Bacon, y en la cual segun Pascal se tropieza en otra ignorancia, cuántos talentos medianos habrá que no llegarán á ella y quedarán sepultados en las nubes de la ciencia que ocultan la Divinidad!

Lo que mas perjudica á la multitud, es el orgullo, por el cual jamás se la podrá convencer de que no sabe nada, cuando vive en la firme integridad de que lo sabe todo. A solo los hombres grandes está reservada la penetracion del último punto de los conocimientos humanos, en que se ven desvanecidos los tesoros que se habian acumulado, y se vuelve á mirar de nuevo en su

1 De Legg, lib. 7.

2 Examiniatio et emendatio mathematicae hodiernae, dial. 6, contra geometras.

3 Hob. opera om. Amstelod., edic. 1667.

4 De Ang. scient. lib. V.

pobreza original. Por esta razon opinan casi todos los sabios que los estudios filosóficos son muy peligrosos al pueblo. Locke emplea los tres primeros capítulos del cuarto libro de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, en manifestar los límites de nuestro conocimiento, que son realmente espantosos; tan distantes estamos de conocer las cosas.

“Nuestros conocimientos, dice, hallándose encerrados en límites tan estrechos, como deje demostrado, no será tal vez inútil para nosotros el mejor el presente estado de nuestro espíritu... formar algun juicio acerca de nuestra ignorancia, que... puede servir de mucho para descubrir hasta qué punto pueden rayar nuestras ideas claras... no nos metemos en este abismo de tinieblas (donde nuestros ojos no son enteramente inútiles y donde nuestras facultades no sabrán hacernos ver cosa alguna), encupridhos con este vicio pensamiento, de que no hay cosa que se oculte á nuestra penetracion.”

Finalmente, se sabe que Newton, disgustado del estudio de las matemáticas, estuvo muchos años sin permitir se le hablase de ellas; y en nuestros dias (Gibbon, que fué por largo tiempo el apóstol de las nuevas ideas, dice: “Las ciencias exactas nos han acostumbrado á despreciar la evidencia moral, tan fecunda en bellas sensaciones, y destinada á determinar las opiniones y acciones de nuestra vida.”

En efecto, es opinion de muchos sabios que la ciencia en poder del hombre deseca su corazón, desennata la naturaleza, y conduce los espíritus corrompidos al ateísmo, y desde el ateísmo á todos los delitos; así como por el contrario, las bellas artes nos proporcionan dias alegres, entrecien nuestras almas, nos llenan de fe hacia la Divinidad, y nos conducen, por medio de la religion, á la práctica de todas las virtudes.

No citaremos aquí á Rousseau, cuya autoridad podria ser sospechosa; pero Descartes, por ejemplo, se ha producido de un modo muy extraño acerca de la ciencia que le proporcionó parte de su fama.

“Nada encuentra efectivamente, dice el sabio autor de su vida, que le pareciese menos sólido que ocuparse con nombres totalmente simples y figuras imaginarias, como si se debiese de determinar semejantes bagatelas, sin echar la vista en semejantes bagatelas, sin echar la vista en cosas que lo parecían algo mas que inútil; tenia por muy peligroso aplicarse con demasiada seriedad á las demostraciones superficiales, efectos mas de la casualidad que de la industria y de la experiencia.” Su máxima era que seme-

1 Locke, Entand. hum. lib. II, v. cap. 3, art. 4, trad. de Mr. Coste.

2 Cartas de 1688, p. 412, Cartes, lib. de direct. ingen. regla, n. 5.

“jante aplicación nos separa insensiblemente del uso de la razón, y nos expone á perder el camino por no donde nos dirige su luz.”

No opinó el autor de la aplicación de la álgebra á la geometría es también digna de atención.

El padre Castel, por su parte, manifiesta alguna complacencia en minorar el precio de la obra que él mismo escribió. “Por punto general, dice, se aprecian demasiado las matemáticas. . . La geometría tiene grandes verdades, objetos poco descubiertos y puntos de vista que parecen fugitivos. ¿Por qué lo hemos de disimular? Tiene también sus paradojas, apariencias de contradicciones, conclusiones de sistema y de concesiones, opiniones de sectas, conjeturas y paralogismos.”

Si creemos sobre esto á Mr. Buffon, lo que se llama verdades matemáticas se reduce únicamente á unas pocas identidades de ideas sin ninguna realidad. Finalmente, Condillac, manifestando hacia los géometras el mismo desprecio que Hobbes, dice hablando de ellos: “Cuando salen de sus cálculos para emplearse en investigaciones de naturaleza diferente, no se nota en ellos la misma claridad, la misma precisión ni la misma extensión de entendimiento. Tenemos cuatro célebres metafísicos, Descartes, Malebranche, Leibnitz y Locke: el último es el único que no fué gémetra, pero fué muy superior á los otros tres.”

No es muy exacto este juicio, porque en lo que toca á la metafísica pura, Malebranche y Leibnitz han sido mas profundos que el filósofo inglés. Es cierto que los espíritus geométricos son comunmente falsos en el curso ordinario de la vida; pero esto proviene de su extrema exactitud. Pretenden hallar en todo verdades absolutas, cuando en la moral y en política las verdades son relativas. Es constante en todo rigor que dos y dos hacen cuatro; pero no es tan evidente que una buena ley en Atenas lo sea igualmente en París. Es cierto que la libertad es una cosa apreciable; y á vista de esto, será necesario derramar arroyos de sangre para establecerla en un pueblo, de modo que no se haga intolerable.

En las matemáticas no se debe mirar sino el principio, y en la moral la consecuencia. El primero es una verdad simple y la segunda una verdad compleja. Por otra parte, no hay cosa que desarregle el compás del gémetra, al paso que todo conspira á desarreglar el corazón del filósofo. Cuando el instrumento del segundo sea tan seguro como el del primero, podremos esperar que se conozcan las cosas más á fondo;

1. Obras de Desc., tom. I, pág. 112.

2. Mat. univ., p. 2, § 5.

3. Hist. nat., tom. 1, prim. dis., p. 77.

4. Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos tom. II, secc. 2, cap. 4, pág. 239, edit. Amst. 1788.

pero entre tanto no se puede contar por lo común sino con errores. El que intentase poner la rigidez geométrica en las relaciones sociales, sería el mas estúpido ó el mas perverso de los hombres.

Por otra parte, lejos de ser las matemáticas una prueba de la extensión del entendimiento de la mayor parte de los hombres que hacen uso de ellas, deben ser consideradas, por el contrario, como el apoyo de su debilidad, como un suplemento de su corta capacidad, como un medio de abreviar la clasificación de los resultados en una cabeza incapaz de conseguirlo por sí misma. No son mas, en efecto, que unos signos generales de las ideas que ahorramos con el auxilio de estos unos róticos números de un tesoro que no hemos contado, unos instrumentos con que trabajamos, pero no las cosas sobre que se trata. Sepongamos que un pensamiento está representado por *A* y otro por *B*. ¿Qué diferencia tan prodigiosa no habrá entre el hombre que deseevalva estos dos pensamientos en sus diferentes relaciones morales, políticas y religiosas, y el que con la pluma en la mano y con paciencia, multiplique su *A* y su *B* encontrando curiosas combinaciones, pero sin tener á vista de su razón otra cosa mas que dos letras estériles?

Mas si, con exclusión de otra ciencia, doctrinas un niño en una ciencia que da pocas ideas, os expones á agotar estas mismas en su origen, á cchar á perder las mejores disposiciones, á apagar la imaginación mas fecunda y á limitar el mas vasto entendimiento. Llenaréis la cabeza de este jóven con una confusión de números y figuras que nada le representan; le acostumbréis á contentarse con una suma conocida, á no obrar mas que con el auxilio de una teoría, á no usar nunca de sus fuerzas, á aliviar su memoria y su pensamiento por medio de operaciones artificiales, á no conocer, y por último, á no gustar sino de aquellos rigorosos principios y de aquellas verdades absolutas que trastornan la sociedad.

Se dice que las matemáticas sirven para rectificar los errores del raciocinio en la juventud. Pero á esto se ha contestado sólida e ingenuisimamente, que para clasificar las ideas era necesario tenerlas antes; que el intentar coordinar el entendimiento de un muchacho, es querer comprender una habitación vacía. Dadle de antemano nociones claras de sus deberes morales y religiosos, instruíle en las letras divinas y humanas, y después, cuando habiéreis desahogado el entendimiento de la educación del corazón de vuestro discípulo, cuando su corazón se halla bastante lleno de objetos comparativos y de principios ciertos, coordinado, si queréis, por medio de la geometría.

Por lo demás, ¿es acaso dudable que el estudio de las matemáticas sea tan necesario en la vida? Si son indispensables los magistrados, ni-

stros, clases civiles y religiosas, ¿de qué sirven á su estado las propiedades de un círculo ó de un triángulo? No se quiere, dicen ellos, mas que cosas positivas. ¡Ah, gran Dios! ¿qué cosa hay menos positiva que las ciencias cuyos sistemas cambian muchas veces en cada siglo? ¿Qué importa al labrador que el elemento de la tierra no sea homogéneo, ni qué conduce al leñador saber que la madera tiene una sustancia *pyreleñosa*? Una página elocuente de Bossuet sobre la moral, es mas útil y mas difícil de escribir, que un volumen de abstracciones filosóficas.

Pero se aplican, dicen, los descubrimientos de las ciencias á las artes mecánicas? Todos estos grandes descubrimientos casi nunca producen el efecto que se espera. La perfección de la agricultura en la Inglaterra no es tanto el resultado de algunas experiencias científicas, cuanto el de un trabajo constante y el de la industria de un colono precificado á cultivar continuamente un suelo ingrato.

Atribuimos falsamente á nuestras ciencias lo que solo pertenece al progreso natural de la sociedad. Los brazos y los animales rústicos se han multiplicado, y las manufacturas y producciones de la tierra han debido aumentarse y mejorarse en proporción. Que los arados sean mas ligeros y las máquinas para los oficios sean mas perfectas, no deja de ser ventaja; pero creer que todo el ingenio y todo la sabiduría humana se ocultan en un círculo de invenciones mecánicas, es un error manifiesto.

Por lo que mira á las matemáticas propiamente dichas, está demostrado se puede aprender en poco tiempo cuanto se necesita para ser un buen ingeniero. A excepción de esta geometría práctica, todo lo restante no es mas que una *geometría especulativa*, que tiene sus gracias, sus inutilidades, y por mejor decir, sus romances, como las demás ciencias. “Es preciso hacer distinción,” dice Mr. Voltaire, entre la geometría útil y la geometría divertida. . . Cuadrada las curvas cuanto queráis, y manifestareis una gran sagacidad; os pareceréis á un aritmético que gasta el tiempo en examinar las propiedades de los números en vez de emplearlo en calcular su fortuna. . . Cuando Arquímedes halló la gravedad específica de los cuerpos, hizo un servicio al género humano; pero ¿de qué os serviría hallar tres números tales que la diferencia de los cuadrados de dos añadida al número tres forme siempre un cuadrado? *Ningún beneficio.*”

Por mas dura que parezca esta verdad á los matemáticos, hemos de decir la naturaleza no los ha hecho para ocupar el primer puesto. A excepción de algunos gémetras inventores, á los demás les ha condenado á una oscuridad triste; y aun estos mismos genios inventores están amenazados de un eterno olvido si el historiador no

1. Quest. sobre la Encicli. Geom.

toma á su cuidado el darlos á conocer al mundo. Arquímedes debe á Polibio su gloria, y Voltaire ha creado la reputación de Newton. Platon y Pitágoras viven como moralistas y legisladores, Leibnitz y Descartes mas bien como metafísicos que como gémetras. De Alemnbert tendria hoy la suerte de Varignon y Duhamel, cuyos nombres, respetados aun en la escuela, no existen ya para el mundo sino en los elogios académicos, ni no ser porque reunió á la reputación de sabio á las odiosas figuras aquellos hombres á quienes ha cantado su lira; el sabio, apenas conocido mientras vive, es olvidado al otro día de su muerte. Ingrato á pesar suyo, nada puede en favor del héroe ni del hombre grande que le ha protegido. En vano colocará su nombre en el hornillo del químico ni en la máquina del físico; seran sus esfuerzos dignos de aprecio, pero no le producirán celebridad alguna. La gloria nació sin alas; es preciso que pida las suyas á las musas cuando quiera volar á los cielos. Corneille, Racine, Boileau, oradores, historiadores y artistas, son los que immortalizaron á Luis XIV, mucho mas que los sabios que sobresalieron tambien en su siglo.

Todos los tiempos y países ofrecen el mismo ejemplo. Cesen pues de quejarse los matemáticos si los pueblos, por un instinto general, dan preferencia á las letras sobre las ciencias; es porque el hombre que dejó á la tierra un solo precepto moral, un solo sentimiento afectuoso, es mas útil á la sociedad que el gémetra que ha descubierto las mejores propiedades del triángulo.

No es pues difícil poner acordes á los que declaman contra las matemáticas y á los que las prefieren á todo. Esta diferencia de opinion nace de un error común, cual es el de confundir un *grande* con un *hábil* matemático. Hay una geometría material que se compone de líneas, de puntos, de $A + B$; á fuerza de tiempo y perseverancia, un mediano entendimiento puede hacer en ella notables progresos. Entonce es él una especie de máquina geométrica que ejecuta por sí misma operaciones complicadas, como la máquina aritmética de Pascal. En las ciencias, el que llega después de un estudiante del día está mas adelantado en las matemáticas que Newton, y por la misma razon el que hoy es tonto por saber, será un ignorante para la generacion inmediata. Obstinados con sus cálculos, los gémetras prácticos manifiestan un desprecio ridiculo de las artes de imaginación; se sonrien de lústima cuando se les habla de literatura, de moral y de religion; dicen que *conocen* á la naturaleza. ¿Merecerá tal vez el mismo aprecio la ignorancia de Platon, que llamaba á esta misma naturaleza una *poesía misteriosa*?

Por fortuna existe otra geometría diferente, que es una geometría intelectual. Esta era la

que debía saberse para entrar en la escuela de los discípulos de Sócrates; la que ve á Dios detrás de su círculo y la que triangulo, y la que formó á Pascal, Leibnitz, Descartes y Newton. En general, los géometras inventores han sido religiosos.

No se puede ocultar que es poco común la geometría de los hombres grandes. Para uno solo que llegue á trepar los sublimes caminos de esta ciencia, ¿cuántos se pierden en sus empujados senderos? Observemos aquí una de las reacciones tan comunes en las leyes de la Providencia: las edades irreligiosas conducen necesariamente á las ciencias, así como las ciencias traen las edades irreligiosas. Cuando el hombre en un siglo de impiedad llega á desconocer la existencia de Dios, como sin embargo esta sola verdad está en el fondo de su corazón, y como por otra parte necesita imperiosamente verdades positivas, intenta crearse otras nuevas y se persuade que ha de encontrarlas en las abstracciones de las ciencias. También es muy natural que unos hombres de solo un mediano talento, ó unos jóvenes de poca reflexión, al encontrar las verdades matemáticas en el universo, al verlas en el cielo con Newton, al mirarlas en la química con Lavoisier y en las minerales con el abate Haüy; es muy natural, vuelvo á decir, que las tengan por el principio mismo de las cosas, sin que su vista pase más adelante. Esta simplicidad de la naturaleza que debería hacerlos imponer un primer *nóvil*, como á Aristóteles, y un eterno *gémetra*, como á Platon, solo sirve para extravíarlos. Para esta clase de hombres no es Dios otra cosa que la propiedad de los cuerpos; de modo que la misma cadena de los números les impide ver la inmensa Unidad.

CAPITULO II.

QUÍMICA É HISTORIA NATURAL.

Estos excesos son los que han dado tanta ventaja á los enemigos de las ciencias, y los que motivaron las elocuentes declamaciones de Mr. Rousseau y sus sectarios. No hay cosa más admirable, dicen, que los descubrimientos de Spallanzani, Lavoisier y Lagrange; lo que lo ocha todo á perder, son las consecuencias que de ello pretenden sacar algunos falsos espíritus. Acaso porque se llegue á demostrar la simplicidad de los juegos digestivos, ó á desmenujar los de la generación; porque haya aumentado la química ó disminuido el número de los elementos; porque el más infimo discípulo conozca la ley de la gravitación; porque sepa un niño pintarajear unas figuras de geometría, y finalmente, porque este ó aquel escritor sea un sutil *ideólogo*, ¿se podrá concluir de todo esto que no hay Dios ni verdadera religión? ¿Qué abuso tan grande el razonar así!

El disgusto de los estudios filosóficos se ha for-

tificado entre los espíritus tímidos por otra observación, y dicen: "Si estos descubrimientos insensibles ó invariables, podríamos conocer el orgullo que inspiran no á los hombres apreciables que los hicieron, sino al público que gusta de ellos. Sin embargo, en todas las ciencias llamadas positivas, la experiencia del día no destruye la de la vispera: Los errores de la física antigua han tenido sus partidarios y defensores. Una obra hermosa de literatura siempre es digna; los siglos mismos aumentan su mérito. Mas las ciencias que no se ocupan sino en las propiedades de los cuerpos, ven envolver al instante sus más célebres sistemas. En la química, por ejemplo, se pensaba tener un sistema cierto y una nomenclatura regular; pero ya se conoce el engaño. Con un corto número mas de hechos será conveniente romper los crisoles de la química moderna. ¿Qué se habrá adelantado con trastornar todos los nombres, llamar *oxígeno al air vital*, etc.? Las ciencias son un laberinto donde se sepulta el hombre mas profundamente en el momento mismo en que piensa salir de él."

Estas objeciones son espesiosas, pero no miran solo á la química, sino á las demás ciencias. El decirlo que se desengañe por sí misma á vista de sus experiencias, sería lo mismo que darla en rostro con su buena fe, y expresarla que no penetra el secreto de la esencia de las cosas. ¿Y quién es el que está en este secreto sino la primera Esencia que existe desde la eternidad? La brevedad de nuestra vida, la flaqueza de nuestros sentidos, la imperfección de nuestros instrumentos y medios, todo se opone al descubrimiento de esta fórmula general que Dios nos oculta por siempre. Se sabe que nuestras ciencias *decomponen y vuelven á componer*, pero no pueden crear. Esta impotencia de producir es la que siempre descubre el flaco y la nada del hombre. Por mas que haga, nada puede hacer, todo lo resiste; no puede obrar sobre la materia para hacer uso de ella, sin que se le queje. En todas sus obras parece que se perciben sus suspiros y su tumultuoso corazón.

Por el contrario, en las obras del Criador todo

1 Por las terminaciones de los ácidos en *oxy* y *ácido*; no ha demostrado recientemente que el ácido nítrico y el sulfúrico no eran el resultado de la adición del oxígeno al ácido nítrico y al sulfúrico. Talis siempre desde el principio un vacío en el sistema por el ácido nítrico, que no tenía positivo en *oxy*. Mr. Berthollet está muy cerca de probar que el *azoe*, mirado hasta ahora como una simple esencia combinada con el *calórico*, es una sustancia compuesta. No hay mas que un hecho cierto en la química, fijado por Póerhaave y descubierto por Lavoisier, á saber, que el *calórico* ó la sustancia que unida á la luz compone el fuego, se emplea continuamente en extender los cuerpos, ó separar sus moléculas constitutivas las unas de las otras.

está mudo porque no hay resistencia; todo está silencioso porque está sumiso: cuando habló, guardó silencio el caos, y los globos ocuparon su espacio sin hacer ruido alguno. Todas las fuerzas de la materia son, con respecto á una sola palabra de Dios, como la nada al todo y como las cosas criadas á la necesidad. Mirad al hombre en sus trabajos: ¡qué espantoso aparato de máquinas! Afila el hierro, prepara el veneno, llama en su socorro á todos los elementos: haciéndolo bramar al mar y silbar al aire, enciende sus hornos. Armado de fuego, ¿qué intenta hacer este nuevo Prometeo? ¿Va por ventura á criar un nuevo mundo? No, solo va á destruir; muerte es solo lo que puede producir.

Sea por un defecto de educación, ó por la costumbre de vagar por los desiertos, ó por no dirigirse mas que nuestro corazón al estudio de la naturaleza, lo cierto es que nos causa dolor ver el espíritu de la análisis y de la clasificación dominar en las ciencias amables, donde no debería buscarse mas que la bondad y belleza de la Divinidad. Si nos es permitido decirlo, aseguráremos que es digno de compasión ver en el día á un hombre *mamífero* colocado, segun el sistema de Linoe, entre monos, perezosos y murciélagos. ¿No era mejor ponerlo al frente de la creación, donde le habían colocado Moisés, Aristóteles, Buffon y la naturaleza? Tocando con su alma en los cielos y con su cuerpo en la tierra, era justo verlo formar, en la cadena de los seres, el anillo que une al mundo visible con el invisible y al tiempo con la eternidad.

"En este mismo siglo, dice Mr. Buffon, en que parece se cultivan las ciencias con cuidado, no persuado es fácil conocer se halla descuidada la filosofía, tal vez mas que en ningún otro siglo: las artes á que se quiere dar el nombre de científicas, han ocupado su lugar; los métodos del cálculo y de la geometría, los de la botánica é historia natural, las fórmulas, y en una palabra, los diccionarios, apenas caben en el mundo: se imagina saber mas cuando se aumenta el número de las expresiones simbólicas y de las frases eruditas, sin reflexionar que todas estas artes no son mas que unos andamios para llegar á la sabiduría y no la sabiduría misma; que no nos debemos servir de ellos sino cuando no se puede pasar sin ellos, y que se debe temer no lleguen á faltar cuando los queremos aplicar al edificio."

Estas advertencias son muy juiciosas; pero no parece que en las clasificaciones hay un peligro mucho mayor. ¿No se debe justamente temer que esta manía de reducirlo todo á signos físicos y de no ver en las distintas especies de la creación mas que dedos, dientes y picos, conduzca insensiblemente á la juventud al materialismo?

Sin embargo, si hay alguna ciencia que haga sentir en toda su plenitud los escollos de la incredulidad, es sin duda alguna la historia natural. Cuando se padece de semejante acañe, entonces se aja todo lo que se toca: los perfumes, el brillo de los colores y la elegancia de las formas, desaparecen en las plantas para el botánico que no ve en ellas ni moralidad ni ternura. Cuando no hay religión, queda el corazón insensible y sin hermosura, porque la hermosura no es un ente que existe fuera de nosotros: es el corazon del hombre es donde residen todas las gracias de la naturaleza.

Por lo que mira al que estudia los animales, ¿qué otra cosa es para el incrédulo que un estudio de cuerpos muertos? ¿A dónde le conducen estas investigaciones: ¿cómo puede ser su objeto? ¡Ah! para él se han formado los gabinetes y las escuelas, donde la muerte con la guadaña en la mano es el demonstrador. Para él se han construido estos cementerios con sus relojes en medio, á fin de mostrarnos sin duda el poder del tiempo, poder contar minutos á los esqueletos y señalar las horas á la eternidad.

En estos sepulcros es donde la nada ha juntado sus maravillas y donde el despojo de un mono insulta al despojo del hombre: allí es donde se debe buscar la razón de este fenómeno, un *naturalista* *ose*, que á fuerza de pasearse por la atmósfera de los sepulcros, solo ganó su alma la muerte.

Cuando la ciencia estaba pobre y solitaria, cuando vagaba por los valles y bosques, cuando observaba al pájaro que llevaba la comida á su nido ó al cuadrúpedo que volvía á su guarida; cuando su laboratorio era la naturaleza, su anfiteatro los cielos y los campos, y cuando era simple y maravillosa como los desiertos que habitaba, entonces era religiosa. Sentada á la sombra de una encina y coronada de las flores que sus inocentes manos habían robado á una montaña, se contentaba con pintar las escenas que le rodeaban. Sus libros no eran mas que unos catálogos de remedios para las enfermedades del cuerpo, ó colecciones de cánticos santos, cuyas palabras mitigaban tambien los dolores del alma. Pero cuando llegaron á formarse las congregaciones de sabios y cuando los filósofos buscando únicamente la reputación, y de ningún modo la naturaleza, quisieron hablar de las obras de Dios sin haberlas amado, entonces nació la incredulidad con el amor propio y la ciencia no fué mas que un pequeño instrumento de una corta fama.

La Iglesia jamás habló tan severamente contra los estudios filosóficos como los diversos filósofos que dejamos citados en estos capítulos. Si se la censurase que desconfía de las letras que *nada curan*, segun la expresion de Séneca, sería tambien preciso condenar este conjunto de legisladores, estadistas y moralistas, que en todos tiempos han levantado el grito con mas fuerza que

1 Buffon, Hist. nat., tom. I, prim. disc., pág. 79.

ella contra el peligro, la incertidumbre y oscuridad de las ciencias.

Pero ¿dónde podrá descubrir ella la verdad? Será acaso en Locke, tan ensalzado por Mr. de Condillac? En Leibnitz, que reputaba á Locke tan débil en la *ideología*, ó en Mr. Kant que combatió hoy á Locke y á Condillac? ¿Dará por ventura crédito á Minos, á Licurgo, á Catón y á J. J. Rousseau, que destierren de sus repúblicas las ciencias, ó se conformará con el dictamen de los legisladores que las toleran? ¿Qué terribles lecciones si vuelve la vista al rededor de sí! ¿Qué materia tan grande de reflexiones sobre esta famosa historia del *árbol de la siduria que engendra la muerte!* Los siglos de la filosofía simple han tocado á los siglos de la destrucción.

La Iglesia, en una cuestion que ha dividido la tierra, no podía tomar mejor partido que el que ha tomado, á saber, tirar ó ahogar las riendas segun las circunstancias de las cosas y de los tiempos, ó oponer la moral al abuso que hace el hombre de sus luces, y procurar conservarle para su felicidad un corazón sencillo y un pensamiento humilde.

Concluyamos diciendo que el error del día consiste en separar demasiado los estudios abstractos de los estudios literarios. Los unos corresponden al entendimiento y los otros al corazón: es preciso, pues, tener cuidado de cultivar el primero con exclusion del segundo, y sacrificar la parte que ama á la que razona. Por solo el medio de una dichosa combinacion de conocimientos físicos y morales, y sobre todo, por un consorcio de ideas religiosas, se podrá conseguir á nuestra juventud aquella educación que antiguamente formó tan grandes hombres. No es creible se haya acontado nuestro suelo. Este humoso país de Francia, para enriquecerse con nuevas cosechas solo necesita un cultivo semejante al de nuestros padres: es una de las tierras félicas en que reinan los *genios* protectores de los hombres, y aquel *soplo divino* que, segun Platon, descubren los climas favorables á la virtud.

CAPÍTULO III.

DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS: METAFÍSICOS.

Los ejemplos sirven de apoyo á los principios, y puede lisonjarse de ser favorable á la filosofía una religion que llama en su socorro á Bacon, Newton, Bayle, Clarke, Leibnitz, Grocio, Pascal, Arnand, Nicole, Malebranche y La Beuvrie; sin hablar por ahora de los padres de la Iglesia, ni de Bossuet, Fenelon, Massignon y Bourdalone, que no contamos sino en el número de los oradores.

Bacon debe su inmortalidad á su *Tratado on the advancement of learning*, y á su *novum organum*.

2 Plát., de Leg., lib. V.

num scientiarum. En el primero examina el espíritu de las ciencias, clasificando cada objeto bajo su facultad, de las cuales reconoce cuatro, á saber, el *alma ó la sensacion, la memoria, la imaginacion y el entendimiento.* Las ciencias quedan reducidas á solas tres: *poesía, historia y filosofía.*

En el segundo tratado reprueba el modo de razonar por silogismos, y propone por única guia en la naturaleza á la física experimental. Causa sumo gusto la lectura de la profesion de fe del ilustre canciller de Inglaterra, y la oracion que acostumbra decir antes de ponerse al trabajo. Es digna de admiracion en un hombre tan grande aquella sencillez cristiana. Cuando Newton y Bossuet descubrieran sus angustias cabezas al pronunciar el nombre de Dios, eran quizá tan admirables como cuando el primero pesaba los mundos y el segundo enseñaba á despreciar la tierra.

Clarke, en su *Tratado de la existencia de Dios*, Leibnitz en su *Teodicea* y Malebranche en su *Investigacion de la verdad*, se han elevado tanto en la metafísica, que nada han dejado que hacer á sus venideros.

Es de extrañar que nuestro siglo se contemple superior al precedente en metafísica y en dialéctica. Los hechos deponen contra nosotros. Seguramente Mr. Condillac, que nada de nuevo nos ha dicho, no puede competir con Locke, Descartes, Malebranche ni Leibnitz; desmembrando el primero, se extravió siempre que se aparta de él. Por lo demás, la metafísica del día se diferencia de la antigua en que separa, cuanto es posible, la imaginacion de los conocimientos abstractos. Hemos aislado todas las facultades de nuestro entendimiento; reservando al pensamiento para materia determinada, y al razonamiento para otra; de lo cual resulta que nuestras obras no son enteramente perfectas, y que nuestro juicio, dividido así por capítulos, ofrece los inconvenientes de las historias en que se trata cada asunto separadamente. Mientras se comienza un artículo nuevo, se nos olvida el precedente; dejamos de ver las conexiones que tienen entre sí los hechos, caemos de nuevo en la confusion á fuerza de método, y la multitud de conclusiones particulares nos impide llegar á la conclusion general.

Cuando se trata, como en la obra de Clarke, de combatir á unos hombres que se precian de razonar bien y á los cuales es preciso probar que discurren otros tan bien como ellos, se debe emplear aquel fondo firme y valiente del doctor inglés; pero en otro cualquier caso, si qué fin se ha de preferir esta especie á un estilo claro, simple y vigoroso? Por qué en una obra seria no se ha de hablar al corazón del mismo modo que en un libro puramente agradable? La metafísica de Platon se lee con deleite, por estar matizada de una imaginacion brillante. Nuestros últimos *ideólogos* han incurrido en un grande error por separar la historia del espíritu humano de la historia de las cosas divinas, sosteniendo que la última

no tiene nada de positivo y que solo de la primera podemos hacer algun uso inmediato. ¿Dónde está, pues, la necesidad de conocer las operaciones del pensamiento del hombre, sino en la direccion que de ellas se debe hacer á Dios? ¿Qué me importa saber si las ideas me vienen ó no por los sentidos? Condillac dice: *Las metafísicas que se han precedido, se han perdido en los mundos encantados, y solo yo he hallado la verdad; mi ciencia es de la mayor utilidad. Voy á explicaros lo que es conciencia, atencion y reminiscencia.* Pero de qué me servirá todo esto? Ninguna cosa es buena ni positiva sino cuando encierra una intencion moral; bajo cuyo supuesto toda *metafísica* que no sea *teología*, como la de los antiguos y la de los cristianos; toda metafísica que forma un abismo entre el hombre y Dios, que pretende que el último, hallándose rodeado de tinieblas, está fuera de sus alcances; esta metafísica es á un mismo tiempo que fútil, peligrosa, porque carece de objeto.

La otra, por el contrario, asociándose á la Divinidad y dándole una inmensa idea de mi grandeza y de la perfeccion de mi ser, me dispone á pensar y obrar bien. Todos los fines morales vienen por este camino á unirse de nuevo con esta verdad metafísica, que no es entonces otra cosa que un camino mas sublime para llegar á la virtud. Esto es lo que Platon llamaba por excelencia *genio de los dioses*, y Pitágoras *geométrica divina.* Fuera de esto, la metafísica no es mas que un microscopio que nos descubre curiosamente algunos objetos pequeños que no se podian divisar con la vista simple, pero que se pueden ignorar ó conocer sin que formen ni lleven vacío alguno en la existencia.

CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS: PUBLICISTAS.

En estos últimos tiempos hicimos gran ruido con nuestra ciencia política. No faltará quien diga que el mundo moderno no habia oido hablar jamás, antes de nosotros, de libertad, ni de las diferentes formas sociales. Sin duda que por esto los hemos ensayado unas tras otras con tanta destreza como felicidad. Sin embargo, Maquiavelo, Tomás Moro, Mariana, Bodino, Grocio, Puffendorf y Locke, filósofos cristianos, habian escrito de la naturaleza de los gobiernos mucho antes que Mably y Rousseau.

No haremos la analisis de las obras de estos publicistas, cuyos nombres basta recordar para probar que todas las especies de gloria literaria corresponden al cristianismo; pero por otra parte, manifestaremos que se debe la libertad del género humano á esta misma religion á quien se imputa que se predica la esclavitud.

Seria aptecible que en el caso de emplear aun

el tiempo en escribir de política (lo que Dios no permita), se hallasen en esta clase de obras aquellas gracias que se advierten en las antiguas. La Ciropedia de Jenofonte y la República y Leyes de Platon, son al mismo tiempo que unos tratados majestuosos, unos libros llenos de embeloso. Platon excede á todos en dar un aspecto maravilloso á las disputas mas estériles, y en saber tambien hechizar hasta en la promulgacion de una ley. Aquí junta á tres ancianos que discurren yendo desde Gnosé á la cueva de Jupiter, y descensan bajo unos altos cipreses y esmaltadas praderías; allí á un homicida involuntario, que con un pie en el mar hace ofensas á Neptuno; mas allí á un poeta extranjero, á quien recibíéndole con cánticos y perfumes, se le tiene por un hombre divino, le coronan de laureles, y cargado de honores es conducido fuera del territorio de la república. De esta suerte se vale Platon de varios modos agradables para proponer sus ideas, y suaviza hasta las sentencias mas severas, considerando los delitos bajo un aspecto por todas partes religioso.

Tengamos presente que los publicistas modernos han exagerado el gobierno republicano, al paso que los escritores políticos de la Grecia han dado generalmente la preferencia al monárquico. Mas ¿por qué razón? porque los unos y los otros aborrecian lo que temian, y querian lo que no poseian. Esta es la historia de todos los hombres.

Por lo demás, los sabios de Grecia miraban la sociedad bajo relaciones morales, así como nuestros modernos filósofos la consideran solo bajo de relaciones políticas. Los primeros querian que el gobierno dimanase de las costumbres, y los segundos que las costumbres se derivasen del gobierno. La filosofía de los unos se apoyaba en la religion, y la de los otros en el ateísmo. Platon y Sócrates decian á los pueblos: *Señ virtuosos y seréis libres;* nosotros los hemos dicho: *Señ libres y seréis virtuosos.* La Grecia con tales sentimientos fué feliz. ¿Qué podemos prometernos nosotros con principios opuestos?

CAPÍTULO V.

MORALISTAS: LA BRUYERE.

Los escritores de un mismo siglo, por diferentes que sean en el genio, tienen siempre alguna cosa que les es comun. Bien conocidos son los de la hermosa edad de la Francia por la firmeza de su estilo, por el poco cuidado de sus expresiones y por la sencillez de su modo de hablar; pero no obstante, tienen una cierta composicion de frases griegas y latinas, que sin oponerse al genio de la lengua francesa, anuncia los excelentes modelos que han tenido aquellos hombres.

Además, la literatura se divide, por decirlo así, en grupos que siguen este ó aquel maestro, esta ó aquella escuela? De esto modo los escritores

de *Puerto-Real* se diferencian de los escritores de la *Sociedad*; así Fenelon, Massillon y Flechier se acercan en algunos puntos, y Pascal, Bossuet y La Bruyere se aproximan en otros. Estos últimos, sobre todo, son notables por una especie de aspereza de pensamientos y de estilo que les es peculiar. Pero es preciso confesar que La Bruyere, que imita sin violencia á Pascal,¹ debilita algunas veces las pruebas y el modo original de este grande ingenio. Cuando el autor de los *Caracteres* queriendo manifestar la pequeñez del hombre, dice: *Alguna parte tuya, joh Luciel! se halla en este átomo*, está muy distante de aquel famoso trozo del autor de los *Pensamientos*, cuando dice: *¿Qué es un hombre en lo infinito? ¿quién le puede comprender?*

La Bruyere dice también: "No tiene el hombre sino tres acontecimientos: *nacer, vivir y morir, no siente cuando nace, sufre cuando muere y es olvida de que vive.*" Pascal hace más perceptible nuestra nada: "El último acto es siempre sangriento, por divertida que sea la comedia en todo lo demás: se le echa tierra sobre la cara y allí queda para siempre." ¿Qué palabra tan horrible es la última! Se ve primero la comedia, en seguida la tierra y después la eternidad. El descuido con que se puso la frase, manifiesta el poco valor de la vida. ¿Qué amarga indiferencia se percibe en esta corta y fría historia del hombre!"

Pero sea de esto lo que fuere, no se puede negar que La Bruyere es uno de los mejores escritores del siglo de Luis XIV. Ningun hombre ha sabido dar más variedad á su estilo, mas diversas formas á su lengua ni mas movimiento á su pensamiento. Sabe bajar desde la mas alta elocuencia á la familiaridad, y pasar de la chanza al razonamiento, sin herir el gusto ni molestar al lector. La ironía es de lo que mas gustaba: tan filósofo como Teofrasto, abraza con su mirada suya mayor número de objetos, y sus reflexiones son mas originales y mas profundas. Teofrasto conjetura, La Rochefoucault adivina y La Bruyere muestra cuanto pasa en el fondo de los corazones.

Es un gran triunfo para la religion contar entre sus filósofos un Pascal y un La Bruyere. A

1 Sobre todo en el cap. de los *Espíritus fuertes*.

2 En la pequeña edición de Pascal, con notas, está imprimido este pensamiento por parecer á los editores que no tenía buen estilo. Hemos sido criticar la proma del siglo de Luis XIV como defectuosa de armonía, elegancia y exactitud en la expresión. También otros dicen: Si Bossuet y Pascal volvieran al mundo, no escribirían como escribieron. Se pretende persuadir que solo nosotros somos por excelencia los escritores en prosa, y mucho mas hábiles en el arte de coordinar las palabras. (No expresamos nosotros unos pensamientos comunes en estilo llano, al paso que los escritores del siglo de Luis XIV decían cosas grandes en su estilo rebollido?)

vista de estos ejemplos sería conveniente no se propasasen á decir que no se hallan entre los cristianos sino talentos muy limitados.

"Si mi religion fuera falsa, dice el autor de los *Caracteres* (lo confieso, y es el mas pequeño lazo que se puede imaginar), sería tan inevitable su ruina, como cierto el perecer en ella. ¿Qué majestad! ¿qué magnificencia de misterios! ¿qué enlace y encadenamiento de doctrina! ¿qué razon tan eminentemente que camina por persona las mas sabias y mas modernas que dor, qué inocencia de costumbres! ¿qué invencible fuerza de testimonios dados sucesivamente por espacio de tres siglos, por millones de personas las mas sabias y mas modernas que habia entonces sobre la tierra y á quienes el convencimiento de una misma verdad sostenia "en los destierros y entre cadenas, á vista de la muerte y del último suplicio!"

Si volviere al mundo La Bruyere, se quedaría pasmado al ver esta religion, cuya excelencia y belleza confesaban los hombres mas grandes de su siglo, tratada ahora de *infame, ridicula y absurda*. Creería sin duda que los nuevos *espíritus fuertes* son algunos hombres muy superiores á los escritores que les han precedido y que delante de ellos Pascal, Bossuet, Fenelon y Racine son unos autores sin talento. Abriría, pues, sus obras con admirable sorpresa y con una especie de miedo y de respeto. Nos parece raro con la esperanza de encontrar en cada línea al gun gran descubrimiento del entendimiento humano, algun pensamiento elevado, y aun tal vez algun hecho histórico desconocido hasta entonces, que probase invenciblemente la falsedad del cristianismo; pero ¿qué diría y pensaría en su segundo espanto, que no tardaría en suceder al primero?

Nos falta La Bruyere; la Revolución ha renovado el fondo de los caracteres. La avaricia, la ignorancia y el amor propio se presentan bajo mil aspectos diferentes. Estos vicios en el siglo de Luis XIV, se concordaban con la religion y la urbanidad; ahora se mezclan con la impiedad y la aspereza de las formas: en el siglo XVII debían tener colores mas finos, matices mas delicados; entonces podían ser ridículos, pero en el día son mas odiosos.

CAPITULO VI.

CONTINUACION DE LOS MORALISTAS.

Hubo un hombre que á la edad de doce años, sin mas instrumento que unas reglas y unos plomos, crió las matemáticas; á la de diez y seis compuso un tratado de los cónicos, el mas erudito que se ha visto desde la antigüedad; á los diez y nueve redujo á máquina una ciencia que existie entera en el entendimiento; á los veintitrés demostró los fenómenos de la gravedad del aire, y destruyó uno de los grandes errores de la

física antigua; á la edad en que los demás hombres apenas comienzan á nacer, habiendo acabado de recorrer el círculo de las ciencias humanas, reconoció su nada, y dirigió todos sus pensamientos hácia la religion: desde este momento hasta su muerte, acaecida á los treinta y nueve años de su edad, siempre achacoso y paciente, fijó la lengua que hablaban Bossuet y Racine, dió el modelo del mas perfecto chiste como del razonamiento mas fuerte, y finalmente, en los cortos intervalos de sus males, resolvió sin ningún anclio uno de los mas sublimes problemas de la geometría, y esparció en sus papeles unos pensamientos que participan tanto de Dios como del hombre. El nombre de este agigantado talento era el de Blas Pascal.

Es difícil dejar de confundirse y espantarse cuando abriendo los *Pensamientos* del filósofo cristiano, se leen los seis capítulos en que trata de la naturaleza del hombre. Los sentimientos de Pascal son dignos de atencion, especialmente por la profundidad de su tristeza y por una especie de inmensidad: en medio de ellos se experimenta una suspension como en el infinito. Los metafísicos hablan de este pensamiento abstracto, que no tiene propiedad alguna de la materia, que toca á todo sin discursos, vive de sí mismo, no puede perecer porque es indivisible, y prueba posteriormente la inmortalidad del alma: esta definición del pensamiento parece haberla tomado los metafísicos de los escritos de Pascal.

Hay un monumento curioso de la filosofía cristiana y de la filosofía del día. Los *Pensamientos* de Pascal, comentados por los editores, forman este monumento.¹ Se cree por las ruinas de Palmira, restos soberbios del genio y del tiempo, al pie de las ruinas fabricó su miserable cabaña el árabe del desierto.

Voltaire dice: "Pascal, tanto sublime, nació "un siglo mas presto." Se conoce lo que significa este siglo mas presto. Una sola observacion será bastante para hacer ver cuán inferior sería Pascal *señata* á Pascal *cristiano*.

En una parte de sus escritos se ha elevado sobre los mas grandes ingenios el solitario de Puerto-Real. En los seis capítulos que tratan acerca del hombre. No existirían, pues, estos seis capítulos, que tratan enteramente del pecado original, si Pascal hubiera sido *incrédulo*.

Es preciso hacer aquí una observacion de suma importancia. Entre las personas que han abrazado las opiniones filosóficas, las unas no cesan de desacreditar el siglo de Luis XIV, y las otras aparentan imparcialidad, conediendo á aquel siglo los dones de la imaginacion, y negándole las facultades del pensamiento. El siglo XVIII, dicen, es el siglo pensador por excelencia.

Todo hombre imparcial que les con atencion

los escritores del siglo de Luis XIV, conocerá á primera vista que *nada se ha ocultado á su perspicacia*; pero viendo al mismo tiempo los objetos desde una altura mayor que nosotros, han despreciado los caminos que hemos seguido, al fin de los cuales su penetrante vista habia descubierto los abismos.

Podemos sostener esta asercion con mil pruebas. ¿Han sido por ventura religiosos tantos hombres grandes por no haberos hecho cargo de los objetos puestos contra la religion? ¿Se olvidan de que Bayle publicaba en esta misma época sus dudas y sus sofismas? ¿No se sabe que Clarke y Leibnitz se ocupaban en combatir la incredulidad? ¿Que Pascal *queria defender* la religion? ¿Que La Bruyere componia su tratado de los *Espíritus fuertes*, Massillon su sermón de la *Verdad de un porvenir*, y que Bossuet, en fin, lanzaba estas fulminantes palabras sobre los ateos: "¿Qué han visto estos *razos ingenios*? ¿Han visto "mas que los otros? ¿Que ignorancia la suya! "Muy fácil seria confundirlos, si siendo como "son, débiles y presuntuosos, no temieran ser "instruidos. Piensan acaso haber penetrado "mejor las dificultades porque se rinden á ellas "y porque los otros que las han conocido las "han despreciado? De estas tales con seguridad puede decirse que nada han visto, nada entienden, y ni aun tienen sobre qué fundar la "nada que esperan después de esta vida, cuya "miserable parte tampoco tienen segura."

¿Y qué relaciones morales, políticas ó religiosas se han ocultado á Pascal? ¿qué lado puede presentar cualquier cosa, que no la haya tenido presente? Si considera á la naturaleza humana en general, hace de ella esta pintura tan conocida y espantosa: *La primera cosa que se ofrece al hombre cuando se mira á sí mismo, es su cuerpo... Y en otra parte: El hombre no es otra cosa que una *caja que piensa*... A vista de esto, bien podemos preguntar: ¿si Pascal fué ó no un miserable pensador?*

Los escritores modernos se han extendido mucho acerca del poder de la opinion, y Pascal fué el primero que lo observó. Una de las cosas mas fuertes que aventuró en política Rousseau, se lee en el discurso sobre la *desigualdad de condiciones*: "El primero que teniendo un terreno cercado se le previno decir, *esto es mio*, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. Estas son casi las mismas palabras de la espantosa idea que expresa el solitario de Puerto-Real, aunque con muy diferente energia: "Esto pero es mio, decian unos pobres muchachos; esto es mi sitio para tomar el sol; ved aquí el origen y la imagen de la usurpacion de toda la tierra."

Este es uno de los pensamientos que hacen temblar por Pascal. No se puede conocer el desgraciado fin que hubiese tenido este hombre si no hubiera sido cristiano. ¿Qué freno tan adorable es el de esta religion, que sin impedir

1 Véase la nota 26 al fin de la obra.

nos echar la vista al rededor, nos detiene al borde del abismo!

Este mismo hombre es el que también dijo: "Tres grados de elevación del polo trastornan toda la jurisprudencia. Una meridiana decide de la verdad, ó de unos pocos años de posesión." "Las leyes fundamentales padecen mutación, y el derecho tiene sus épocas: extravagante justicia es la que está limitada por un río ó por una montaña! Lo que es una verdad ó la parte de acá de los Pirineos, es un error á la otra parte de ellos."

Seguramente el mas atrevido pensador de este siglo y el escritor mas determinado á generalizar las ideas para trastornar el mundo, no han dicho una cosa mas fuerte contra la justicia de los gobiernos y contra las preocupaciones de las naciones.

Todos los insultos que hemos prodigado por filosofía á la naturaleza humana, se han secado, ya mas y menos, de los escritos de Pascal. Pero desuadido de la miseria humana á este genio extraordinario, no hemos sabido, á imitación suya, comprender la sabiduría de aquella. Bossuet en su *Historia universal* y en su *Política sacada de la Santa Escritura*, y Fenelon en su *Télémaque*, han dicho todo lo esencial acerca de los gobiernos. El mismo Montesquieu no hizo por lo comun sino aclarar los principios del obispo de Meaux, como se ha notado excelentemente. Se podrían formar volúmenes enteros de todos los pasajes favorables á la libertad y al amor de la patria, que se hallan en los autores del siglo XVII.

¿Y qué cosa se ha dejado de intentar en este siglo? La igualdad de pesos y medidas, la abolición de las costumbres provinciales, la reforma del código civil y criminal, la repartición igual de los impuestos; todos estos proyectos de que tanto nos jactamos, han sido ya propuestos, examinados y aun ejecutados cuando las ventajas de la reforma han parecido equilibrar los inconvenientes. No ha intentado Bossuet unir la Iglesia romana con la protestante? Cuando se reflexiona que Bagnoli, Le Maître, Arnault, Nicole y Pascal se habían dedicado á la educación de la juventud, se podrá dudar que esta educación sea mas bella y mas sabia en nuestros días. Los mejores libros clásicos que tenemos son los de Puerto-Réal, que no cesamos de repetir, ocultando comunmente nuestros plagios, en todas nuestras obras elementales.

Queda reducida, pues, nuestra superioridad á un corto número de progresos en los estudios naturales; progresos que pertenecen al curso del tiempo, y no compensan, ni con mucho, la pérdida de la imaginación que debe ser su consecuencia. El pensamiento es siempre uno mismo en todos los siglos, aunque esté acompañado mas

particularmente ó de las artes ó de las ciencias: en las primeras es donde manifiesta aquel toda su grandeza poética y toda su hermosura moral.

Pero se dirá tal vez, que si el siglo de Luis XIV concibió las ideas liberales, ¿por qué no hizo de ellas el mismo uso que nosotros? Seguramente no nos vanagloriamos de nuestra superioridad. La vista de Pascal, Bossuet y Fenelon alcanzó mucho mas que la nuestra, y sin embargo de penetrar mucho mejor que nosotros la naturaleza de las cosas, conocieron el peligro que habia en las innovaciones. Aun cuando no publicaran sus obras las ideas filosóficas que tenían en todos los asuntos, ¿se podrá creer que no hubiesen hecho impresion en estos grandes hombres los abusos que han cundido por todas partes, ni que tampoco habian conocido lo débil y lo fuerte de los negocios humanos? A la verdad que es así; pero tenían presente el principio de que *no se debe hacer un mal pequeño aunque de él resulte un bien grande;* y con mas razón, por causa de unos sistemas cuyo resultado es casi siempre terrible. No era ciertamente dicho conociendo tambien el vicio de las leyes en el sentido absoluto, desde en el sentido relativo: "Que bien han hecho en distinguir á los hombres por las cualidades exteriores! ¿Quién de nosotros dos pasará? ¿quién cederá su lugar al otro? ¿el menos hábil? Pero yo soy tan hábil como él: será preciso reñir por esto. El tiene cuatro lacayos y yo no tengo mas que uno; esto es claro, no se necesita mas que contar á mi me toca ceder, y soy un necio si lo disputo."

Este solo rasgo equivale á volúmenes enteros de sofismas. El autor de los *Pensamientos*, citándose á los cuatro lacayos, es un filósofo muy diferente de los demás pensadores, trastornados con esta sencilla comparación.

En una palabra, el siglo de Luis XIV fué pacífico, no porque se lo ocultase tal ó tal cosa, sino porque viéndola la penetraba hasta el fondo; porque consideraba todos sus aspectos y conocía todos los peligros. Si no se sumergió en las ideas del día, es porque fué superior á ellas; tomamos su poder por su debilidad; su secreto y el nuestro se encierran enteramente en este pensamiento de Pascal:

"Tienen las ciencias dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se hallan todos los hombres cuando nacen, el segundo es al que llegan las almas grandes, que después de haber recorrido todo cuanto pueden saber los hombres, llegan á conocer que no saben nada, y entran de nuevo en

1 Barbarismo que la filosofía tomó de los ingleses. (Cómo es posible que nuestro prodigioso amor de la patria vaya siempre á buscar sus palabras á un diccionario extranjero?)

2 Hist. de Puerto-Réal.

"aquella misma ignorancia de donde han salido; mas esta es una sabia ignorancia que se reconoce. Los que han salido de la ignorancia natural y no han podido arribar á la otra, tienen alguna intintra de esta ciencia suficiente y precioso de entendidos; abortan al mundo y piensan peor que todos los demás. El pueblo y los hábiles componen ordinariamente el tren del mundo; los demás hombres los desprecian y son despreciados de ellos.

No podemos menos de hacer aquí una triste reflexión sobre nosotros mismos. Pascal habia comprendido dar al público la obra de la cual solo publicamos una parte muy corta. ¿Qué obra tan apreciable sería la que saliese de las manos de tal maestro? Si Dios no le permitiera ejecutar su designio, sería tal vez porque no conviene adular ciertas dadas acerca de la fe y porque quede materia á las tentaciones y pruebas que purifican á los santos y á los mártires.



LIBRO TERCERO.

HISTORIA.

CAPITULO I.

SOBRE EL MODO DE ESCRIBIR LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO.

Si el cristianismo ocasionó tantos progresos á las ideas filosóficas, debe necesariamente ser favorable al genio de la historia, por cuanto esta no es mas que una rama de la filosofía moral y política. Cualquiera que desprecie las sublimes nociones que nos da la religion de la naturaleza, y de su autor, se priva voluntariamente de un fienduro recurso de imágenes y pensamientos.

En efecto, el que medite por mucho tiempo los designios de la Providencia, conocerá mejor á los hombres, y el que llegue á penetrar los artificios de la sabiduría divina, podrá descubrir mejor la sabiduría del hombre. Los designios de los reyes, las abominaciones de las ciudades, los iudicios y tortuosos caminos de la política, la alteración de los corazones por el hilo secreto de las pasiones, las inquietudes que se apoderan á veces de los pueblos, las transmutaciones del poder del rey al vasallo, del noble al plebeyo, del rico al pobre; todos estos resortes os serán incomprendibles, si no asistís, por decirlo así, al consejo del Altísimo, con los diversos espíritus de fuerza, prudencia, flaqueza y error, que suele enviar á las naciones que quiere salvar ó perder.

Pongamos, pues, la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos, y dirijámoslo todo á

Dios como causa universal. Pondrése cuanto se quiera al que descubriendo los secretos de nuestros corazones, hace salir los sucesos mas grandes de los conductos mas miserables; empero un Dios atento á los reinos de los hombres y la impiedad, ó por mejor decir, la ausencia de las virtudes morales, siendo la razon inmediata de las desgracias de los pueblos, constituyen en nuestro tiempo una base histórica mucho mas noble y cierta que la primera.

Para dar de ello ejemplo en nuestra revolucion, que nos digan si sus causas ordinarias las que en el curso de algunos años desnaturalizaron todos nuestros afectos y extinguieron entre nosotros aquella sencillez y magnificencia que eran peculiar al corazón del hombre. Habiéndose retirado del medio del pueblo al espíritu divino, no quedó fuerza sino en la culpa original, que recorrió en imperio, como en tiempo de Cain y su raza. Cualquiera que quiera ser arreglado, sentís en sí mismo una especie de impotencia del bien; cualquiera que alargaba una mano pacífica, la veía repentinamente secarse; la bandera roja tremolaba en los muros de todas las ciudades; se declaraba la guerra á las naciones, y entonces se cumplieron las palabras del profeta: *Los huesos de los reyes de Judá, los de los sacerdotes y los de los habitantes de Jerusalem serán arrojados fuera de sus sepulchros.* Las instituciones antiguas se borran de la memoria, y siendo culpables en las esperanzas, nada se funda para la posteridad. Los sepulchros y los niños son igualmente profanados. En esta descendencia de vida que nos fué transmitida por nuestros antepasados y que debemos prolongar mas allá de nosotros, no se posee mas que el tiempo presente; y consagrándose cada uno á su propia corporación, como un sacerdotío abominable, vive como si nada le hubiera precedido ni le debiera seguir.

Pero mientras que devoraba interiormente á la Francia el espíritu de perdición, el espíritu de vida la defendía por de fuera. No se ve en ella prudencia ni grandeza sino sobre sus fronteras; por adentro todo está abatido, pero en el exterior todo es triunfo. Ya no está la patria en sus hogares, sino en un campo sobre el Rin, como en tiempo de la raza de Meroveo: parece verse el pueblo judío echado de la tierra de Gessen, y domando las naciones bárbaras en el desierto.

¿Quién podrá hallar en los sucesos humanos una igual combinación de cosas? Solamente el escritor religioso puede descubrir aquí un profundo consejo del Altísimo: si las potencias coligadas no hubieran intentado otra cosa que hacer cesar las violencias de la revolucion y dejar después á la Francia reparar sus males y errores, tal vez hubieran acertado. Pero Dios vió la iniquidad de las cortes, y dijo al soldado extranjero:

1 Jeremías, cap. 8, v. 1.

1 Véase la nota 26 al fin de la obra.